



**desdelosimple**

Para contemplar la vida

VII Domingo de Pascua – ASCENSIÓN DEL SEÑOR  
Hechos 1,1-11; Salmo 47; Efesios 1,17-23; Marcos 16,15-20  
Mayo 12 del 2024

## Preparados para la Misión

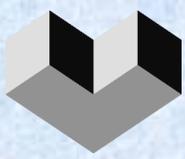
Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

La Ascensión del Señor, nos da la oportunidad de celebrar en alegría la entrada de Cristo a la gloria del Padre. De hecho la Ascensión del Señor nos señala con claridad nuestra meta, el retorno al regazo de nuestro Creador. Tener presente nuestra meta nos alienta en nuestro camino de peregrinos, ya que para recorrerlo hemos recibido de parte de nuestro Salvador las promesas del auxilio divino con el cual podemos alentarnos en la esperanza de que nuestra naturaleza humana es acogida en la gracia de Dios y por ello posibilita la realización de nuestro ser. Hablando sobre la esperanza cristiana, la Iglesia nos enseña:

Nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar... Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es « realmente » vida. (Spe Salvi n.31)

Para entrarnos en esta dinámica de la esperanza cristiana, meditemos en las lecturas que la Iglesia nos ofrece para iluminar nuestro camino. El inicio del libro de los Hechos de los Apóstoles nos señala el objetivo de toda la obra. San Lucas hace coincidir el final de su relato Evangélico con el relato de la misión y predicación de los apóstoles, cuya expansión tiene origen en la acción del Espíritu Santo prometido por Jesús en las últimas palabras que dirige a los suyos: “Ustedes recibirán una fuerza cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, y de este modo serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8) la presencia del Espíritu será atestiguada en todo el relato, por ello es frecuente que se le conozca como el evangelio del Espíritu.

De la misma manera en que Jesús se preparó durante cuarenta días en el desierto antes de iniciar su predicación, así preparó a los discípulos para recibir el Espíritu santo que les impulsará a la misión: “A ellos se les apareció después de la pasión, les dio numerosas pruebas de que estaba vivo y durante cuarenta días se dejó ver por ellos y les habló del Reino de Dios” (Hch 1,3). La Ascensión del Señor corona la misión de Cristo, en Él, el Padre es glorificado y en Él todo lo creado adquiere un nuevo sentido: “Con esta fuerza resucitó a Cristo de entre los muertos y lo hizo sentar a su derecha en el cielo, por encima de todos los ángeles, principados, potestades, virtudes y dominaciones, y por encima de cualquier persona, no sólo del mundo actual sino también del futuro”(Ef 1,20) Todos los encuentros con Cristo Resucitado hace que los discípulos entren en el nuevo dinamismo de la predicación evangélica, muchas cosas han debido cambiar en su manera de comprender los valores del Reino y de su colaboración en la obra de la salvación.



# desdelosimple

Para contemplar la vida

En la carta encíclica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, el Papa Francisco nos anima con estas palabras que resuenan en las lecturas de este día y nos preparan a la solemnidad de Pentecostés:

En Pentecostés, el Espíritu hace salir de sí mismos a los Apóstoles y los transforma en anunciadores de las grandezas de Dios, que cada uno comienza a entender en su propia lengua. El Espíritu Santo, además, infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia, en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente. Invoquémoslo hoy, bien apoyados en la oración, sin la cual toda acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio finalmente carece de alma. Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no sólo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios. (Evangelii Gaudium n.259)

Al ascender a los cielos, Cristo se sienta en su trono para regir el mundo y desde allí con la acción del Espíritu Santo, acompaña a la Iglesia en su misión de construir un solo pueblo consagrado a Dios. En esta ardua tarea en busca de la unidad, los discípulos contarán con los signos que atestiguan su servicio: “El Señor Jesús, después de hablarles, subió al cielo y está sentado a la derecha de Dios. Ellos fueron y proclamaron el Evangelio por todas partes, y el Señor actuaba con ellos y confirmaba su predicación con los milagros que hacían” (Mc 16, 19-20)

Esta es la alegría y la esperanza que predicamos al celebrar la Pascua. Ante los retos que se presentan en nuestra sociedad, como creyentes tenemos la responsabilidad de mostrar al mundo la experiencia de comunión con Dios que llena de sentido nuestra vida y los esfuerzos cotidianos por construir su Reino. Celebrar la Ascensión del Señor, es para el creyente la ocasión de renovar su responsabilidad, cada bautizado recibe la gracia de ser marcado con el sello del Espíritu, quién convierte a cada persona en su morada; de allí que movidos en fe, los cristianos podamos entender que es nuestro deber, asistidos por la gracia, hacer presente el Reino de Dios inaugurado por Jesucristo.

En todo momento María, la Madre del Salvador, estaba al lado de la comunidad naciente animándola a mantenerse en la fidelidad al discipulado, así mismo no deja de alentar a los creyentes de todos los tiempos para que a la escucha del mensaje de su Hijo y en cooperación con el Espíritu Santo, podamos vivir nuestra propia vocación. Al contemplar la Ascensión con un corazón renovado en la Esperanza cristiana, recordemos en este día de las madres, que también hemos recibido el don de la compañía y protección de nuestra Madre celestial, así lo presentaba el Papa Benedicto XVI:

Estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (Hch 1,14), que recibieron el día de Pentecostés. El « reino » de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este « reino » comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino. (Spe Salvi n.50)